

Tales son las aventuras grecorromanas de don Quijote.

Menuda sorpresa nos llevamos al ir catando que Cervantes no solo sabe de libros de caballerías, de Amadís de Gaula, de Tirant lo Blanc y de Felixmarte de Hircania y de todos sus congéneres, sino que ha consumido abundantes veladas leyendo a los clásicos: no ya a los griegos (porque en su tiempo todavía se recordaba el *Graecum est. Non legitur*, o sea, “Es griego; no se lee”), pero sí a los de la Roma inmortal, fuente inagotable de la cultura de Occidente.

DON QUIJOTE NO SE LLAMABA “ALONSO QUIJANO”*

Margit FRENK

Entre los muchísimos que han escrito sobre el *Quijote*, pocos son los que no han llamado a su protagonista “Alonso Quijano”. Se parte generalmente de la convicción de que ese era el nombre original del personaje antes de que enloqueciera, su nombre verdadero. ¿Y lo era realmente para Cervantes? Conviene que recordemos cómo ocurren las cosas en el texto mismo de la gran obra. Claudio Guillén ha escrito recientemente que “Cervantes nos sorprende una y otra vez, incitándonos a examinar críticamente los más variados temas, convirtiéndolos en problemas”.¹ Este, a mi ver, es uno de ellos.

* Leído en sesión pública solemne de la AML, celebrada en la Universidad de Guanajuato el 28 de abril de 2005; este texto es la primera versión de la ponencia presentada por la autora en el coloquio “El que a buen árbol se arrima... Horizonte cultural del *Quijote*”, llevado a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en mayo de 2005.

¹ Claudio Guillén, “Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. y notas Francisco Rico, presentaciones Mario Vargas Llosa, Francisco Ayala y Martín de Riquer, estudios sobre “La lengua de Cervantes y el *Quijote*” de José Manuel Blecuá, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual, Margit Frenk y Claudio Guillén, Madrid, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española/Alfaguara, 2004, pp. 1145-1153; la cita, p. 1150.

Todos recordamos lo que dice en el primerísimo capítulo: “Quieren decir que tenía el sobrenombre de ‘Quijada’, o ‘Quesada’, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba ‘*Quijana*’”:² *Quijada*, *Quesada* o, mejor, *Quijana* (*Quejana*, en la primera edición). Un poco más adelante:

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar “*don Quijote*”; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar “*Quijada*”, y no “*Quesada*”, como otros quisieron decir.³

Quijada y no *Quesada*. ¿Dónde quedó el *Quijana* (o *Quejana*) que en el pasaje anterior el narrador juzgaba tan “verisímil”?

Los demás personajes que aparecen al principio de la obra no conocen otro apelativo que “Don Quijote”. En el capítulo 5, en cambio, cuando el labrador vecino se encuentra al hidalgo tendido en el campo, maltrecho y delirante, exclama: “Señor *Quijana*”, y el narrador comenta: “que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante”.⁴ Por si quedara alguna duda, poco después el mismo labrador tratará de convencer a su vecino de que es “el honrado hidalgo del señor *Quijana*”.⁵

² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, con la colaboración de Joaquín Forradellas, estudio preliminar Fernando Lázaro Carreter, 2 vols., Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 2.ª ed. rev., 1998 (Biblioteca Clásica, 50), i 1, t. I, pp. 36-37. Todas las citas subsiguientes proceden de esta edición. (Las cursivas de esta y del resto de las citas son de la autora. *N. del ed.*)

En las Notas complementarias a la edición (t. II, pp. 263-264, nota 37.16) se nos dice que en la príncips se lee *Quejana* y que obviamente se trata de una errata, porque “*Quijana* es la única forma que reaparece fuera del primer capítulo”. Cf. *idem*, el Aparato crítico, t. II, p. 704, col. 2: solo en la príncips aparece *Quexana*, corregido en dos ediciones contemporáneas, y esta coincidencia “nos asegura que los contemporáneos la veían como una errata obvia”. Por mi parte, no estoy tan segura de que ello fuera así.

³ *Don Quijote*, I, 1, t. I, pp. 42-43.

⁴ *Don Quijote*, I, 5, t. I, p. 72.

⁵ *Ibidem*, p. 73.

Nada se nos dice sobre el nombre original hasta 44 capítulos más adelante, donde nos topamos nuevamente con el primer apellido citado, o sea, con *Quijada*. En un pasaje no irrelevante,⁶ don Quijote menciona a un personaje histórico, Gutierre *Quijada*, y añade: “de cuya alcuernia yo desciendo por línea recta de varón”;⁷ el narrador no comenta nada al respecto, y este nombre no vuelve a aparecer en toda la obra.

Nuevo silencio a lo largo del libro. En el ínterin, don Quijote de la Mancha, sin abandonar este nombre, adopta el de “Caballero de la Triste Figura”,⁸ que le ha puesto Sancho; ya en la Segunda Parte, se lo cambiará por el de “Caballero de los Leones”,⁹ para caer, cerca del final, en el grotesco de “pastor Quijótiz”.¹⁰

Pero, volviendo al supuesto nombre “real” del personaje, en el último capítulo —el 74— de la Segunda Parte, nos enteramos de cómo se llama la que en todo el libro solo había aparecido como “la sobrina”. En su testamento, el hidalgo ha dejado dicho: “Iten, mando toda mi hacienda [...] a Antonia *Quijana* mi sobrina”, e “Iten, es mi voluntad que si Antonia *Quijana* mi sobrina”.¹¹ La balanza parecería inclinarse, entonces, por el apellido *Quijana* con el que lo conocía su vecino el labrador. Pero justo en ese capítulo, al final de la obra, ha aparecido por primera vez el *Alonso Quijano*, con un nombre de pila y un apellido cercano, pero no idéntico, al *Quijana*.

Don Quijote está a punto de morir. Duerme “de un tirón, como dicen, más de seis horas”¹² y al despertar se siente transformado. Llegan sus “buenos amigos”, el cura, el bachiller y el barbero, y don Quijote les dice: “—Dadme albricias, buenos señores, de que *ya* yo no soy don Quijote de la Mancha, sino *Alonso Quijano*, a quien mis costumbres me

⁶ Como parece sugerir Francisco Rico en la nota complementaria 37.16 (cf. *supra*, nota 2), cuando dice: “aparte una esporádica mención de *Quijada* en I, 49, 566”.

⁷ *Don Quijote*, I, 49, t. I, p. 566.

⁸ *Don Quijote*, I, 29, t. I, pp. 205-206.

⁹ *Don Quijote*, II, 17, t. I, p. 768.

¹⁰ *Don Quijote*, II, 67, t. I, p. 1175.

¹¹ *Don Quijote*, II, 74, t. I, p. 1220.

¹² *Ibidem*, p. 1216.

dieron renombre de ‘*bueno*’;¹³ y más adelante: “Yo fui loco y *ya* soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y *soy agora*, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”.¹⁴ Son importantes ese “*ya*” y ese “*soy agora*”. En ningún momento ha querido Cervantes que su héroe, al morir, afirme, o insinúe siquiera, que Alonso Quijano fue su nombre antes de enloquecer, su nombre de “hidalgo sosegado” de aldea; una palabrita antes del “*soy*” —un “nuevamente”, un “otra vez”— habría bastado; pero nada.

¿Y qué pasa en el entorno de nuestro héroe moribundo? Han entrado sus “buenos amigos”. Observa el narrador que cuando los tres le oyeron decir “*ya* yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano”, “*creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado*”.¹⁵ Cosa extraña: el cura y el barbero lo conocieron antes de que enloqueciera y con el nombre que entonces debía tener. Si este nombre —como hoy suponen tantos— era *Alonso Quijano*, ¿por qué piensan ellos que le ha tomado una nueva locura?

Nuestro hidalgo pide confesión y, por las palabras tan sensatas que pronuncia, dice el narrador: “Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, *aunque en duda*, le quisieron creer”, sobre todo cuando luego él añadió otras muchas razones “tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo”.¹⁶ Pregunto: ¿acaso a lo largo de su trayectoria don Quijote, el cuerdo-loco o loco-cuerdo, no ha dejado continuamente a sus interlocutores admirados con sus “entremetidas razones”, “ya discretas y ya disparatadas”?¹⁷

Después de la confesión, sale el cura y dice: “—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno”.¹⁸ ¿Cree el cura, en serio, que ese es su verdadero nombre? En cuanto muere el

¹³ *Ibidem*, p. 1217.

¹⁴ *Ibidem*, p. 1220.

¹⁵ *Ibidem*, p. 1218.

¹⁶ *Ídem*.

¹⁷ *Don Quijote*, II, 18, t. I, p. 781.

¹⁸ *Don Quijote*, II, 74, t. I, p. 1218.

personaje, el cura “pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente ‘don Quijote de la Mancha’”, etc.¹⁹ Los dos nombres debían constar en el acta de defunción. Pero, tercamente, nosotros seguimos en la duda. Recordamos las veces en que el cura le ha seguido la corriente a don Quijote, ya para hacerlo volver a su casa, ya —y simultáneamente— para divertirse a su costa. El cura es el gran “tracista” de la obra. Recordamos, por ejemplo, cómo en el capítulo 26 de la Primera Parte se le ocurre “un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote”, que es, nada menos, disfrazarse de mujer, vestirse “en hábito de doncella andante”.²⁰ ¿Qué mucho que, al morir su amigo, adopte de buena gana el nombre que este dice tener *ahora*?

Porque hay otro hecho notable: es el cura el único personaje que llama “Alonso Quijano” al protagonista. Según nos cuenta el narrador, los demás lo siguen llamando “don Quijote”, como lo hace el propio narrador cuando cuenta que, tras oír su confesión, los presentes “[m]iráronse unos a otros, admirados de las razones de *don Quijote*”,²¹ y cuando menciona sus palabras después de haber “ordenado su alma *don Quijote*”.²² Es el narrador el que relata: “En fin, llegó el último (*sc.* fin) de don Quijote”,²³ y dice después: “Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de *don Quijote*”.²⁴

Más aún, recordemos que, ya al final de la obra, según el narrador, “el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma” que advierta a los “presuntuosos y malandrines historiadores”²⁵ que pretendan profanarla: “Para mí sola nació don Quijote, y yo para él”.²⁶ Si acaso la pluma llega a conocer al “escritor fingido y tordesillesco”, deberá advertirle: “que deje reposar

¹⁹ *Ibidem*, p. 1221.

²⁰ *Don Quijote*, I, 26, t. I, p. 298.

²¹ *Don Quijote*, II, 74, t. I, p. 1218.

²² *Ibidem*, p. 1219.

²³ *Ibidem*, p. 1221.

²⁴ *Ibidem*, p. 1222.

²⁵ *Ídem*.

²⁶ *Ibidem*, p. 1223.

en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote”.²⁷ De don Quijote, no los huesos de ese Alonso Quijano el Bueno que consta en el acta de defunción. Finalmente, el propio Cide Hamete se jacta de que, gracias a él, “las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías [...] por *las de mi verdadero don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna”.²⁸ Es la última frase de la obra.

Me he estado refiriendo al narrador, cuya voz es presencia importantísima en el *Quijote*, de principio a fin. Acabamos de ver cómo el narrador sigue hablando, repetidas veces, de “don Quijote” cuando este ha afirmado enfáticamente que ya su nombre es otro. Pero tenemos ante nosotros, a la vez, al mismo narrador que en el capítulo 2 de la Primera Parte ha llamado “castillo” a la venta y “damas” y “doncellas” a las ramerías, porque así las denominó el héroe; al mismo narrador que, a lo largo de las dos partes del libro, no ha parado de imitar a cada paso los modos de hablar y pensar de los personajes, como metiéndose en su pellejo. Apenas acaba de contar que Altisidora *finge* un desmayo y enseguida dice “volviendo en sí la *desmayada* Altisidora”,²⁹ porque para don Quijote está, en efecto, desmayada. No podemos darle mucho crédito a lo que relata, porque, además, incurre en constantes contradicciones: después de afirmar que don Quijote, mordido y arañado por un gato, tarda en sanar cinco días, nos dice que fueron ocho, y luego que fueron seis,³⁰ etcétera.

Pues bien, este narrador tan poco confiable imita ahora al cura y comienza un discurso con las palabras que, en realidad, este acaba de pronunciar:

porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y

²⁷ Ídem.

²⁸ Ídem.

²⁹ *Don Quijote*, II, 46, t. I, p. 999; 1000.

³⁰ *Don Quijote*, II, 46, 47 y 48, t. I, pp. 1002-1003, 1013 y 1014.

por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.³¹

Es, como tantos otros pasajes del *Quijote*, un párrafo desconcertante. Ese “en tanto que don Quijote *fue* Alonso Quijano el Bueno”, como si así se hubiera llamado durante muchos años, y no solo en sus últimos días, es el que más desconcierta; puede haber sido esta frase —junto con los dos pasajes citados del cura—³² la que ha llevado a tantos lectores y críticos a dar al nombre, casi póstumo, diría yo, de *Alonso Quijano*, la categoría de nombre original.

Se habla, en efecto, de “recuperación” del nombre.³³ Se habla de “re-conversión”; se habla de “la resurrección, si se quiere, de aquel personaje del primer capítulo de la [P]rimera parte, que aparece para enloquecer muy luego”.³⁴ El excelente cervantista Martín de Riquer sostiene que para Cervantes “la única solución es restituir el juicio al demente, que al sanar *volverá a ser* Alonso Quijano el Bueno”.³⁵ Y así sucesivamente.

Pero no ha faltado, tampoco, quien se refiera a este nombre como uno más de los que se adjudican en la novela al hidalgo. Habla Laín Entralgo (y hace muy poco Felipe Garrido ha escrito aquí, en México, casi lo mismo)³⁶ de “un hidalgo manchego del que nunca sabremos si se llamaba Alonso Quijano, o Quijana, o Quijada, o Quesada”.³⁷ Y tampoco ha

³¹ *Don Quijote*, II, 74, t. I, pp. 1218-1219.

³² Véanse *supra* notas 18 y 19.

³³ En las Notas complementarias de la edición que aquí usamos (t. 2, p. 664, nota 1217.19), se remite a seis autores que hablan de esa “recuperación”. Creo que son, de hecho, bastantes más.

³⁴ Carlos Horacio Nállim, “Borges y Cervantes. Don Quijote y Alonso Quijano”, *NRFH*, 40 (1992), pp. 1047-1056; la cita, p. 1050. Borges, por cierto, tiene un poema sobre “El sueño de Alonso Quijano”, y en su “Análisis del último capítulo del *Quijote*” (*Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1 [1956], p. 31) dice que “es triste que Alonso Quijano vea en la hora de su muerte que su vida entera ha sido un error y un disparate”.

³⁵ En “Cervantes y el *Quijote*”, incluido en la edición de Alfaguara antes mencionada (cf. *supra*, nota 1), p. LXVIII.

³⁶ Felipe Garrido, “De las ventajas de vivir acompañado”, *La Jornada Semanal*, núm. 527, domingo 10 de abril de 2005, p. 5.

³⁷ Pedro Laín Entralgo, “La convivencia entre don Quijote y Sancho Panza”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 430 (1986), pp. 27-35; la cita, p. 27.

faltado quien, como Francisco Rico, reconociendo esa multiplicidad de nombres, afirme de manera categórica que *Alonso Quijano* es la solución “definitivamente adoptada”, la que “queda como definitiva”.³⁸

Una interpretación a mi ver muy valiosa de esta cuestión, y que, por quién sabe qué motivos, ha sido silenciada por la crítica, es la que Juan Bautista Avalle-Arce ha propuesto, ya en 1970: “Conocemos al protagonista, dice, por una variedad de nombres, después que él se ha inventado el propio de don Quijote, y se lo ha conferido en acto de autobautismo”. No son lo mismo, continúa, el Caballero de la Triste Figura, el de los Leones y el pastor Quijótiz; son “producto de una reorientación vital del protagonista, que culmina en *un último acto de autobautismo cara ya a la muerte: Alonso Quijano el Bueno*”.³⁹

La idea encontró un amplio desarrollo en el espléndido capítulo “Don Quijote” que Avalle-Arce y Edward C. Riley escribieron para la *Suma cervantina* editada por ambos y publicada en Londres en 1973. Cito solo un pasaje:

Con dos enérgicos ademanes, el artista se libera a sí mismo (“no quiero”), y de inmediato a su protagonista (¿Quijada, Quesada, Quijana? ¿O Quijano?) [...]. Libera, asimismo, al personaje literario, al imposibilitar el usual trazado de coordenadas deterministas con que se definían protagonistas y mundo en el *Amadís*, *Lazarillo* o *Guzmán*.⁴⁰

³⁸ En el Aparato crítico de la edición aquí utilizada (t. 2, p. 704), y en las Notas complementarias (t. 2, pp. 263-264, nota 37.16). De aquí podría proceder lo que, con más cautela, afirma Howard Mancing en *The Cervantes Encyclopedia*, 2 vols., Westport, Conn., Greenwood Press, 2004, s.v. *Alonso Quijano* (t. I, p. 18) y s.v. *Name of Don Quijote de la Mancha* (t. II, pp. 504-505). En el primer caso, la repetición del nombre de *Quijano* lo convierte “presumably” en la “definitive version of his name”; en el segundo, *Alonso Quijano* “is generally taken to be the definitive form of his name”. Agradezco estas y otras citas a mi amiga Gabriela Nava.

³⁹ Juan Bautista Avalle-Arce, “Don Quijote, o la vida como obra de arte”, en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 335-387; la cita, p. 340 (publicado originalmente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 242 [1970], pp. 247-280). Cf. del mismo autor, *Enciclopedia cervantina*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, s.v. *Quijano el Bueno, Alonso*: “Nombre que se da a sí mismo, en su lecho de muerte, don Quijote”.

⁴⁰ *Suma cervantina*, Londres, Tamesis, 1973, p. 48.

Con la misma libertad con la que el protagonista se ha bautizado como Don Quijote, se bautiza al final como Alonso Quijano el Bueno. Y quiero mencionar aquí una sugerencia muy interesante de Nieves Rodríguez sobre este nombre: “Alonso”, como “Aldonza”. Y añadido: “Quijano”, con *o*, por “Aldonza Lorenzo”. Una vez efectuado el nuevo bautismo, que primero desconcierta al cura, este le sigue la corriente a su amigo, como tantas veces lo ha hecho, y es imitado por el ambiguo narrador en un momento dado, y solo en un momento.

Sorprende que tantos y tantos lectores del *Quijote* se olviden aquí de un aspecto fundamental del genial arte que Cervantes ha desplegado en su obra: el de las continuas ambigüedades, las desconcertantes contradicciones, las vaguedades, las fluctuaciones constantes, que dan fe de una realidad insegura, inestable. La realidad en el *Quijote* va cambiando de acuerdo con el punto de vista subjetivo del personaje, como bien han mostrado Américo Castro y Leo Spitzer, pero también va cambiando porque para Cervantes no hay *una* verdad, sino varias o muchas.

¿Por qué ese afán por descubrir, como si fuera una novela detectivesca, el nombre auténtico del protagonista, su nombre previo, supuestamente “real”? No lo conoceremos nunca, porque Cervantes quiso no conocerlo y que nosotros no lo conociéramos.

Don Quijote mismo ha tenido cuidado en resolver para nosotros esta cuestión cuando en el capítulo 17 de la Segunda Parte dice que de allí en adelante quiere que “se trueque, cambie, vuelva y mude” el nombre de Caballero de la Triste Figura por el de Caballero de los Leones, y añade: “en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento”.⁴¹ A punto ya de morir, le importa hacerse de un nuevo nombre, siguiendo precisamente la usanza de los antiguos caballeros andantes a los que ahora dice detestar. Y le importa en este momento declararse cuerdo, para tener una muerte cristiana y ejemplar. Pregunto: ¿podemos estar tan seguros de que la intención de Cervantes fue que su maravilloso protagonista

⁴¹ *Don Quijote*, II, 17, t. I, p. 768.

recuperara de veras la razón, la cordura, al final de su vida? ¿No es esta otra de las cuestiones que, en palabras de Claudio Guillén, Cervantes convierte en problemas, incitándonos a examinarlas críticamente?

EL *QUIJOTE* EN LA CONCEPCIÓN
DE LO ‘REAL-MARAVILLOSO AMERICANO’
DE ALEJO CARPENTIER*

Gonzalo CELORIO

Prodigiosamente fidedignas resultan ciertas frases de Rutilio en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, acerca de hombres transformados en lobos, porque en tiempos de Cervantes se creía en gentes aquejadas de manía lupina.

ALEJO CARPENTIER, Prólogo de *El reino de este mundo*

Cuando Bernal Díaz del Castillo relata en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* la llegada de las huestes cortesianas a México-Tenochtitlan, no encuentra palabras para describir aquella ciudad lacustre, cuyo centro ceremonial, asentado en un islote, se unía a los pueblos ribereños a través de largas y rectilíneas calzadas tendidas sobre una laguna en la que numerosas piraguas, entre huertos flotantes cultivados de flores y verduras, trasegaban sus mercaderías. El cronista, entonces, echa mano de una comparación para dar cuenta de la maravillosa realidad que sus incrédulos ojos contemplan: “Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís”.¹ Al recurrir a este símil, Bernal

* Leído en sesión pública solemne de la AML, celebrada en la Universidad de Guanajuato el 28 de abril de 2005.

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1950, t. 1, p. 330.